

también para ratificar explícitamente la orden ya dada: "Si [los guardias] se acercan lo suficiente para ocasionarles al seguro varias bajas, hay que disparar sobre ellos y tratar de recogerles las armas".

Fue también por estos días últimos de mayo cuando el Ejército enemigo situó fuerzas importantes en Cayo Espino, Purial de Jibacoa y Cienaguilla. Después sabríamos que se trataba de compañías pertenecientes a los Batallones 12 y 13, al mando, respectivamente, de los capitanes Pedraja Padrón y José Triana Tarrau. El reforzamiento de la línea Cayo Espino-Purial, sobre todo, fue interpretado entonces por nosotros, como el paso previo para el lanzamiento de un segundo ataque enemigo hacia La Habanita, aunque estábamos convencidos de que el golpe principal en ese sector del frente nordeste sería lanzado desde Las Mercedes, en dirección a San Lorenzo. En este momento todavía no había llegado el Batallón 19 a la zona de Arroyón, lo cual, como se verá oportunamente, hizo variar nuestras apreciaciones.

Previendo aquella variante, a una consulta del Che el día 1ro. de junio acerca de cuál sería la mejor decisión con las fuerzas de la Columna 7, en caso de que los guardias ocupasen La Habanita, indiqué que se le ordenara a Crescencio reagrupar su personal del otro lado de las líneas enemigas y mantener un hostigamiento permanente de su suministro y de su retaguardia, en todo el sector occidental. El extremo oeste de nuestro frente no estaba en las mismas condiciones de sostener una defensa exitosa del territorio rebelde, como sí lo estaba la parte central, donde habíamos concentrado nuestras fuerzas más aguerridas y mejor armadas. Aun así, yo estaba convencido de que, llegado el momento, ese personal pelearía con la misma determinación que había mostrado, digamos, la escuadra de Angelito Verdecia en Las Mercedes, y que al enemigo también le sería tremendamente difícil alcanzar la Maestra por esa zona. Sin embargo, había que prever todas las contingencias posibles, y en caso de que la resistencia rebelde en ese sector fuese vencida, entonces las fuerzas de la Columna 7 pasarían, de hecho, a actuar en la retaguardia del enemigo en condiciones muy difíciles para nuestros compañeros, pero con algunas posibilidades, ya que parte de ellos eran campesinos de la zona. Si actuaban con decisión e inteligencia, ocasionarían la suficiente perturbación al enemigo como para que tuviera que distraer fuerzas de su objetivo principal, que era la destrucción del núcleo central rebelde, e incluso le darían golpes concretos de cierta consideración.

Por estos días la prensa norteamericana publicó una entrevista concedida por el dictador Fulgencio Batista, en la que, entre otras mentiras y declaraciones sin fundamento ni sentido, afirmó, significativamente, que en los últimos combates el Ejército había ocupado a los rebeldes "una bandera de China comunista y casquillos de fabricación rusa". A raíz de esa declaración, Radio Rebelde comentaba:

Dentro de poco, según Batista, estarán Chou En Lai y Mao Tse Tung dirigiendo las maniobras de nuestro ejército. ¡Pobre dictadorzuelo, cada día más miserable, más ridículo, más tocado del queso!

También por esos días, en recordación del primer aniversario del Combate de Uvero, Radio Rebelde transmitió un comentario que terminaba con estas palabras:

Si la diferencia en equipo militar y en recursos es muy grande, hasta los adversarios más encarnizados tendrán que reconocer la superior calidad humana de nuestros hombres, que por no tener distinta sangre ni distinta nacionalidad de los que luchan junto a la dictadura, demuestra irrefutablemente que la moral, la justicia de una causa y el ideal son los factores decisivos de una guerra.

El soldado de la dictadura pelea bien cuando está rodeado y es atacado, porque le han hecho creer que si caen prisioneros sufrirán las mismas torturas y los mismos horrores que ellos han visto aplicar en los cuarteles a los adversarios de la tiranía; pero cuando el soldado de la tiranía ataca es de una ineficacia asombrosa, porque no combate para salvar la vida sino porque le pagan y se lo ordenan los que les han pagado, como se paga una bestia o se adquiere un rebaño para llevarlo al matadero, donde hacen fortuna los usufructuarios del negocio.

El militar cubano, que como hombre es valiente, como soldado de la tiranía que ha convertido a los Institutos Armados en pandillas al servicio de la

peor causa, está haciendo uno de los papeles más tristes que puede hacerse en una guerra.

Al conmemorarse hoy el primer aniversario del glorioso y heroico combate de Uvero, nuestro recuerdo y nuestro cariño para los héroes que cayeron ese día; nuestro juramento de que así sabremos caer todos antes de plegar nuestras banderas auroleadas por más de 70 combates victoriosos, y nuestro mensaje al pueblo recordándole que hubo días más duros que éstos cuando teníamos menos balas, menos armas y menos experiencia, sin que nuestro ánimo flaqueara ni la menor duda ensombreciera nuestra seguridad absoluta en el triunfo final.

Durante estos días me estuve moviendo, sobre todo, entre La Plata —donde estaba la emisora y la posibilidad de comunicación con el exterior—, y Mompí, lugar convenientemente céntrico, desde donde me mantenía al tanto de todas las incidencias en los tres sectores del frente de combate. A principios de junio ya había quedado instalado el teléfono entre estos dos puntos, con un enlace intermedio en el alto de Jiménez, en el lugar conocido por los rebeldes como la tiendecita de la Maestra. Nuestros técnicos en Radio Rebelde habían preparado incluso una especie de amplificador, que permitía dar suficiente volumen a la voz del teléfono para poder ser captada por el micrófono de la emisora. De esa forma podía intentar comunicarme con el extranjero desde Mompí o la tiendecita.

Sin embargo, la instalación no había alcanzado a Minas de Frío, un punto de importancia estratégica decisiva y una especie de puesto de mando del Che para la atención al sector noroccidental. Mi comunicación con él y con nuestros compañeros en la escuela de reclutas, por tanto, tenía que ser por mensajero o mediante una visita mía al lugar. El 3 de junio fui hasta las Minas para revisar la situación allí, y estuve hasta la mañana siguiente, cuando emprendí el regreso a Mompí.

Poco después de salir de aquel lugar, la aviación enemiga desató uno de los bombardeos y ametrallamientos más feroces padecido por Minas de Frío en toda la guerra. En particular, la casa de Mario Sariol, nuestro viejo y eficaz colaborador campesino residente en ese lugar, fue blanco de una lluvia de metralla, y hasta se dispararon contra ella varios cohetes de fabricación norteamericana. La indignación que me produjo el brutal bombardeo, cuando conocí mayores detalles del hecho, y la confirmación del empleo por la aviación batistiana de cohetes recibidos de los Estados Unidos por la tiranía, a pesar del anunciado embargo del suministro de armamentos, fue lo que me motivó al día siguiente a escribirle a Celia, al final de un largo mensaje, el párrafo que luego ha sido tan citado (documento p. 431):

Al ver los cohetes que tiraron en casa de Mario, me he jurado que los [norte]americanos van a pagar bien caro lo que están haciendo. Cuando esta guerra se acabe, empezará para mí una guerra mucho más larga y grande: la guerra que voy a echar contra ellos. Me doy cuenta [de] que ése va a ser mi destino verdadero.

El doblez de la política norteamericana hacia el régimen de Batista y hacia la Revolución quedaba en evidencia. En marzo, el gobierno de los Estados Unidos había anunciado la suspensión de todos los envíos de armas a la dictadura, en lo que se trataba de un primer paso en la maniobra destinada a distanciarse oficialmente de la tiranía, cuya permanencia en el poder ya comenzaba a resultar incómoda para algunos sectores en aquel país; al tiempo que se impulsaba la promoción de una salida alternativa a la crisis cubana que, de hecho, impidiese la toma del poder por la Revolución. Sin embargo, las entregas de armas prosiguieron por otros canales, incluso a través de la base naval norteamericana en Guantánamo, sobre lo cual habíamos recibido informaciones de los compañeros del Movimiento en los Estados Unidos.

El empleo de cohetes norteamericanos en el ataque a Minas de Frío no hacía más que confirmar mi criterio, basado, en definitiva, en la propia historia de Cuba y de las aspiraciones seculares de los Estados Unidos de ejercer su dominio sobre nuestro país, de que una revolución verdadera en Cuba era incompatible con los intereses norteamericanos. La nota a Celia no era, por tanto, la expresión de una voluntad preconcebida de enfrentamiento, de la futura revolución en el poder a los Estados Unidos, sino la muy explicable reacción ante una política tan hipócrita y taimada, y la manifestación de una clara conciencia acerca de la inevitabilidad de ese enfrentamiento a partir del hecho evidente de que para nuestro vecino del Norte sería inaceptable la presencia en Cuba de un poder revolucionario con un programa de cabal liberación nacional.

Este es el mismo mensaje, por cierto, en el que insto a Celia para que suba desde las Vegas de Jibacoa hasta Mompí y estableciera allí su puesto de mando. Debo dedicar en este libro un capítulo a la labor de retaguardia desarrollada en esta etapa en el Primer Frente rebelde. Mucho antes del inicio de la ofensiva enemiga, ella había instalado su puesto de mando en la casa de Bismark Galán Reina, en las Vegas, y desde allí, con la ayuda de un pequeño grupo de colaboradores —entre ellos Roberto Rodríguez, a quien todos llamábamos El Vaquerito, y Arturo Aguilera, conocido por Aguilera, debido a su delgada figura—, se había dado a la tarea de garantizar las miles de grandes y pequeñas necesidades de las fuerzas rebeldes para resistir eficazmente el fuerte embate que se esperaba del Ejército de la tiranía. Pero ya a principios de junio la situación de las Vegas de Jibacoa resultaba precaria, en vistas de la presencia del fuerte contingente enemigo en Las Mercedes.

Sin embargo, el mismo desarrollo posterior de los acontecimientos volvió a dar más importancia a La Plata, y al final prevalecieron las ventajas de este punto en el momento de decidir la instalación de una comandancia permanente.

En ese preciso momento, mi inquietud principal no era la avalancha de guardias que se nos venía encima. Como le decía a Celia en la carta ya citada:

Creo que los planes de defensa han sido adelantados bastante. El problema que me preocupa mayormente hoy por hoy es que la gente no acabe de darse cuenta [de] que en un plan de resistencia continua y escalonada, no se pueden tirar en dos horas las balas que deben durar un mes. Lo único que me queda por hacer es guardar bien las que me quedan y no dar una bala más a nadie, hasta que no sea ya cuestión de vida o muerte porque realmente no le quede a nadie una bala. [...] Yo no me canso de insistir en ese problema que es realmente nuestro talón de Aquiles.

En la mañana del sábado 7 de junio, después de varios días de relativa calma en todo el sector, la gente de Angelito Verdecia hizo estallar una mina colocada cerca del campamento enemigo de Cerro Pelado, en su ruta hacia la Sierra, con el posible resultado de seis o siete bajas entre los guardias.

Dos días después, el lunes 9, desde otra dirección, los guardias intentaron una exploración por el río Jibacoa con el apoyo de una tanqueta, y tropezaron con los hombres de Cuevas, quienes habían relevado esa misma mañana al personal del pelotón de Horacio en la emboscada establecida sobre el camino de La Herradura que subía de Las Mercedes en dirección a las Vegas, y no habían tenido tiempo aún de mejorar las posiciones recibidas. Se produjo una escaramuza en la que los rebeldes gastaron varias decenas de tiros e hicieron explotar una mina, sin más resultado concreto que haber detenido el avance de la patrulla enemiga, casi simultáneamente con su propia retirada de la posición, la que resultaba, de hecho, muy poco defendible.

Era de nuevo el tipo de comportamiento, a mi juicio inaceptable, si queríamos tener éxito en la batalla que se avecinaba, aunque en realidad no podía atribuir responsabilidad alguna a Cuevas, quien había demostrado ser un jefe valiente y capaz. De ahí mi reacción relativamente violenta en el mensaje que le envié a Horacio al día siguiente:

Considero que nuestra gente hizo ayer un papel muy pobre y vergonzoso. Ustedes no acaban de comprender que tienen que hacer verdaderas trincheras y no hoyitos que no sirven para nada. Tal vez tengan que pagar bien cara la experiencia pero los golpes los enseñarán.

Me da pena solo de pensar que no fueron capaces de sostener la posición ni 15 minutos.

Recomiendo en lo adelante el máximo de disciplina y firmeza. Parece que la batalla dura va a comenzar de un momento a otro.

Esto último se debía a las noticias recibidas en la tarde del 10 de junio, acerca de un desembarco enemigo en la costa sur, indicio evidente de que el Ejército enemigo creaba ya las condiciones para dar inicio a la segunda fase de su ofensiva: la penetración a fondo, desde varias direcciones, en el corazón del territorio rebelde. En lo que respecta al sector noroccidental, estos indicios fueron confirmados apenas tres días después, con la llegada al teatro de operaciones de una segunda unidad de combate, el Batallón 19, al mando del comandante Antonio Suárez Fowler, con lo cual quedaba dispuesto el escenario para la reanudación de los combates en este sector.

(Continuará)